

EL VERSO ULTIMO

Es muy conocido el último verso de don Antonio, escrito a lápiz en un papel y encontrado por su hermano José en uno de los bolsillos de su gabán, una vez dada la gran lección cívica de su muerte en territorio francés hace cincuenta años. Siempre me llamó la atención sobremanera ese brevísimo texto, tal vez porque, como una semilla, contenga en su breve inmediatez toda la virtualidad de la vida. Es efectivamente un solo verso, pero nadie puede dejar de pensar en el resto del poema tristemente tronchado que esas cuantas palabras apretujadas y mal escritas nos hacen ver en ausencia. Por eso, la significación del verso es extraordinariamente densa en su extrema brevedad poética. En él vemos realidad inmediata, recuerdo y ausencia:

Estos días azules y este sol de la infancia

El texto aún, de un lado, el recuerdo de un tiempo fatalmente irrecuperable, la infancia y la luz meridional, con la realidad de su exilio francés, con la realidad de una luz prestada similar a la luz definitivamente apagada para Antonio Machado y temporalmente oscurecida para la otra España. Pero no es sólo la luz lo que ilumina el verso, sino muy particularmente la asociación de esa luminosidad con un período vital lleno de inconsciencia e ingenuidad, de un vivir porque sí, gratuito y placentero: la infancia, lo que contrasta brutal y dolorosamente con su realidad inmediata: la de un hombre viejo y exiliado, la de un derrotado que palpa conscientemente una a una todas las huellas de la vida y las heridas de la guerra. Esto explica los largos y últimos silencios en que entraba el viejo poeta en Collioure, con el azul Mediterráneo de fondo, contemplando bajo tal luz los desastres de la guerra y su soledad última.

Claro que el verso también puede ser considerado no sólo como el principio de un poema inacabado, sino tam-

bién como la postrer continuación de su poema "Retrato". Y hago tan llamativa afirmación, con todas las limitaciones que se quiera plantear, porque el verso último *conecta* con aquel poema en la luz primera y en la profecía última de la muerte, profecía con la que *conecta* en lo que tiene de última y breve entrega poética y en su explicitación de ese estado carencial, de esa desnudez anunciada: es finalmente la luz del recuerdo lo que le queda iluminada por la luz real. Por eso, resulta cuando menos emocionante asociar el verso último a

*Mi infancia son recuerdos de un patio de Sevilla,
y un huerto claro donde madura el limonero
[.....]*

*Y cuando llegue el día del último viaje,
y esté al partir la nave que nunca ha de tornar,
me encontraréis a bordo ligero de equipaje,
casi desnudo, como los hijos de la mar.*

Así, pues, principio y fin del poema y su continuación en unidad en el verso último, en el final de su vida.

Pero, ¿por qué la luz? "Como la planta, sólo en parte se nutre de la tierra y recibe el resto del aire cálido y la luz benéfica [...] Es indecible —decía Ortega— cuánta frucción extrae el andaluz de su clima, de su cielo, de sus mañanitas azules, de sus crepúsculos dorados". No andaba, en esta apreciación al menos, muy equivocado el filósofo, pues quienes conocemos de la luz meridional cada mañana sabemos de su importancia vital. Por eso estremece más, sin duda alguna, leer a los cincuenta años de su muerte y bajo esta luz primera su brevísimo legado poético último:

Estos días azules y este sol de la infancia.

ANTONIO CHICHARRO CHAMORRO
Universidad de Granada

